

*La alimentación en la España del siglo XX:  
una perspectiva desde la historia económica*

FERNANDO COLLANTES

Dirección postal: Dpto. Estructura e Historia Económica y Economía Pública, Facultad  
de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad de Zaragoza, Gran Vía 2,  
50005 Zaragoza

Dirección electrónica: [collantf@unizar.es](mailto:collantf@unizar.es)

Mesa 1. Consumo alimentario y cambio social

I Congreso Español de Sociología de la Alimentación

Gijón (La Laboral), 28-29 de mayo de 2009

RESUMEN: Este ensayo traza un panorama de los estudios de historia económica sobre la alimentación en la España del siglo XX. Se consideran sucesivamente dos perspectivas: (a) la perspectiva clásica del desarrollo económico en términos de lucha contra la escasez; y (b) la perspectiva de los desafíos sociales planteados por la abundancia en etapas maduras del desarrollo. La primera perspectiva puede desarrollarse en torno al concepto de transición nutricional, mientras que la segunda reúne un grupo más disperso de temas relacionados con el papel de los alimentos en la formación de la sociedad de consumo y las transformaciones de la economía doméstica.

## 1. Introducción

En su *Historia de la comida*, el historiador Felipe Fernández-Armesto asegura que “los historiadores económicos ven los alimentos como artículos de consumo que se producen y con los que se comercia. Cuando llega el momento de ingerirlos, pierden el interés”.<sup>1</sup> ¿Es esto cierto? Hoy lo es probablemente menos que hace un cuarto de siglo. La preocupación tradicional de la historia económica ha sido el desarrollo, y esto ha terminado desembocando en el estudio de los niveles alimenticios de las sociedades del pasado. En especial desde que el influyente trabajo de Amartya Sen incidiera en el desarrollo como un proceso de expansión de las libertades, incluyendo aquí liberarse de la enfermedad, el hambre y la privación material, la historia económica ha desarrollado un gran interés por la alimentación.<sup>2</sup> De hecho, la propia medición histórica del desarrollo económico ha incorporado a los tradicionales indicadores sobre el ingreso y su distribución una batería de indicadores sociales, muchos de ellos relacionados con la alimentación (de manera directa, como el consumo diario de calorías, o indirecta, como la estatura y la tasa de mortalidad).<sup>3</sup> *The escape from hunger and premature death*: el título del último libro de Robert Fogel (uno de los dos únicos historiadores económicos galardonados con el Premio Nobel de Economía) ilustra bien la incorporación de la alimentación a la narrativa clásica de lucha contra la escasez.

Este ensayo traza un panorama de los estudios de historia económica sobre la alimentación en la España del siglo XX. Tras esta introducción, el apartado 2 revisa lo que sabemos sobre la alimentación desde la perspectiva clásica de la lucha contra la escasez. A continuación, el apartado 3 realiza un planteamiento histórico de preguntas ligadas a la alimentación en un contexto de abundancia como el que fue instalándose en los hogares españoles conforme iba avanzando el siglo. Las conclusiones se presentan en el apartado 4.

---

<sup>1</sup> Fernández-Armesto ([2001] 2004: 11).

<sup>2</sup> Sen ([1999] 2000).

<sup>3</sup> Martínez Carrión (2002), Tello (2005).

## 2. El desafío de la escasez

Inicialmente, la alimentación atrajo un interés instrumental en los estudios de historia económica. Las primeras aproximaciones, realizadas por James Simpson durante finales de los ochenta y comienzos de los noventa, buscaban aquí claves para comprender mejor las tendencias del sector agrario español. Como las fuentes para reconstruir el producto agrario español durante el siglo XIX eran demasiado débiles, Simpson optó por estimar dicho producto mediante un método indirecto basado en el consumo de alimentos. Al encontrar que el consumo de calorías de los españoles estaba en 1900 bastante próximo al nivel de subsistencia, Simpson llegó a la conclusión de que la producción agraria española no debió de aumentar demasiado a lo largo del siglo XIX.<sup>4</sup> El estudio histórico de la alimentación también presentaba interés desde el punto de vista de las causas del lento progreso agrario en la España del siglo XIX y el primer tercio del XX. Durante este periodo, la agricultura española mantuvo una gran dependencia de la producción cereal y se diversificó en menor medida que la de otros países europeos hacia producciones ganaderas, como la carne. A través del estudio del consumo de carne en Madrid, Simpson llegó a la conclusión de que el crecimiento de la producción ganadera española se veía restringido no sólo por factores de demanda (el bajo ritmo de crecimiento del ingreso per cápita y el lento progreso de la urbanización), sino también de oferta (problemas estructurales de las explotaciones agrarias y dificultades de acceso a los mercados).<sup>5</sup>

Fue a lo largo de la década de 1990 y, sobre todo, a partir del cambio de siglo, cuando la alimentación pasó a ser estudiada desde la perspectiva de los niveles de vida y el bienestar de la población. Es decir, no tanto como un campo que podía ofrecer piezas relevantes para comprender el proceso de desarrollo, sino más bien como parte constituyente de dicho proceso. La nueva investigación, que ha sido liderada por historiadores de la Universidad Autónoma de Barcelona como Xavier Cussó, Ramon Garrabou, Roser Nicolau y Josep Pujol, ha introducido en el análisis histórico el concepto de “transición nutricional”.<sup>6</sup> La transición nutricional tendría muchas caras, pero el énfasis se ha puesto en dos de ellas. En primer lugar, la victoria frente a la

---

<sup>4</sup> Simpson (1989).

<sup>5</sup> Simpson ([1995] 1997), Gómez Mendoza y Simpson (1988). En la misma línea, Martínez López (1995) se interesó por lo que los datos sobre consumo de carne podían decirnos sobre la producción ganadera en España durante el periodo previo a la guerra civil.

<sup>6</sup> Cussó y Garrabou (2003-2004; 2006; 2007).

escasez: el aumento de los niveles de consumo alimenticio y la estabilización y regularización de las ingestas. Y, en segundo lugar, la victoria frente a la monotonía: el aumento del grado de diversificación de las dietas, con la paulatina sustitución de cereales, patatas y legumbres por carne, huevos y productos lácteos.

El primero de estos hechos, el aumento de los niveles de consumo alimenticio, ha quedado documentado en una minuciosa reconstrucción histórica de los niveles medios de ingesta de calorías, proteínas y otros nutrientes por parte de las poblaciones españolas del siglo XX.<sup>7</sup> Se trata de una tarea metodológicamente compleja, como prueba el hecho de que diferentes supuestos de partida desemboquen en estimaciones bien distintas entre sí. Un examen escrupuloso de dichos supuestos, combinado con la explotación de fuentes cualitativas, nos ha proporcionado una visión general del progreso del estado nutritivo de la población española a lo largo del siglo XX.

Cuadro 1. *El consumo de calorías en la España del siglo XX*

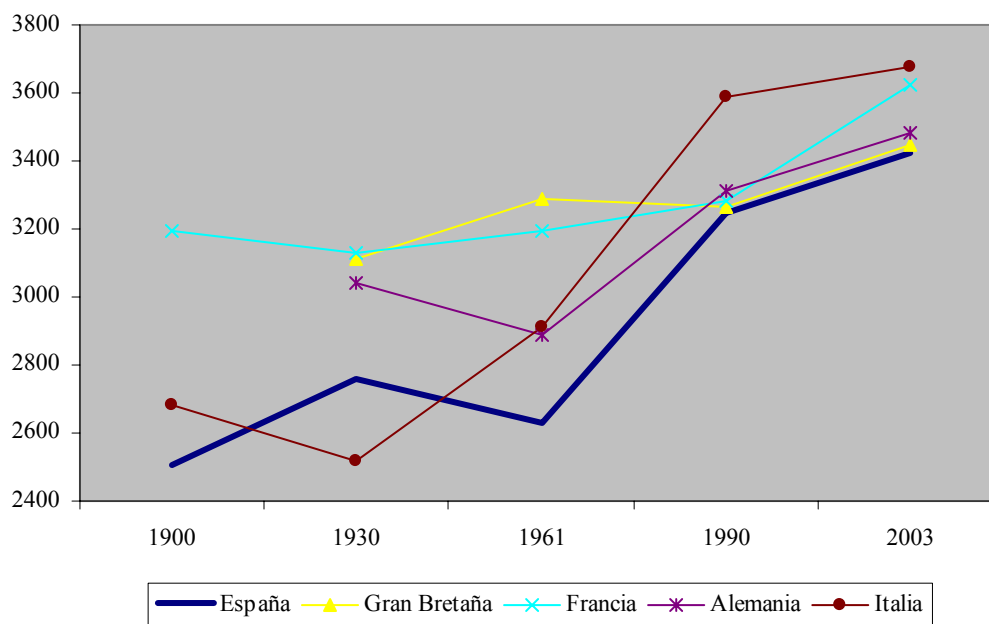
<i>Kilocalorías por persona y día</i>		<i>Tasa de variación media anual (%)</i>	
1900	2.096-2.504		
1930	2.426-2.760	1900-1930	0,3 / 0,5
1949	2.300	1930-1949	-0,3 / -1,0
1961	2.632	1949-1961	1,1
1970	2.733	1961-1970	0,4
1980	3.062	1970-1980	1,1
1990	3.247	1970-1990	0,6
2003	3.421	1990-2003	0,4

*Fuente:* elaboración propia a partir de Garrabou y Cussó (2007: 75), Cussó (2005: 341) y FAOSTAT.

La evolución del consumo de calorías, ofrecida por el Cuadro 1, es bastante representativa. En torno a 1900, el estado nutritivo de los españoles, aún sin ser probablemente tan precario como el implicado por las estimaciones iniciales de Simpson, era deficiente. Puede que el nivel medio de consumo de calorías no fuera ya muy inferior al requerido desde un punto de vista fisiológico, pero, dado el alto nivel de desigualdad prevaleciente en España, parece claro que el estado nutritivo de buena parte de la población del país debía de ser poco envidiable.

<sup>7</sup> Cussó (2005).

Figura 1. *El consumo de calorías en España y otros países europeos*



Fuente: Garrabou y Cussó (2007: 75).

El consumo medio de calorías creció claramente a lo largo del primer tercio del siglo XX, al compás del progreso de la modernización económica y social del país. Y, como ocurriera con tantos otros progresos, la guerra civil y la primera década del franquismo supusieron un corte. La ingesta media de calorías disminuyó hasta situarse en niveles probablemente más próximos a los inicios del siglo XX que a los albores de la guerra civil. Lógicamente, fueron las clases medias-bajas y bajas las más desfavorecidas por este deterioro del nivel alimenticio.<sup>8</sup> A partir de la década de 1950, y en el contexto de la reactivación del crecimiento económico, el hambre quedó definitivamente atrás. El consumo medio de calorías creció sostenidamente durante la segunda mitad del siglo XX y, aunque mostró la esperable tendencia a la desaceleración en las décadas finales del siglo (consecuencia de la propia saturación biológica de la demanda de alimentos), España entró en el siglo XXI aproximándose a una ingesta media de 3.500 kilocalorías por día. Con cierto retraso con respecto a los países europeos avanzados (véase Figura 1), España llegaba a un escenario de abundancia: una

<sup>8</sup> Cussó (2005) y Cussó y Garrabou (2007) estiman que, a pesar de que en 1900 o 1950 la ingesta media se situaría en torno a los requerimientos fisiológicos, el importante grado de desigualdad haría que al menos un 30 por ciento de la población estuviera por debajo de los mismos.

ingesta muy superior a los requerimientos fisiológicos que abría la puerta a la obesidad y otros trastornos vinculados a etapas maduras del desarrollo económico.<sup>9</sup>

Cuadro 2. *Porcentaje de la ingesta calórica aportada por los cereales y las patatas*

	<i>Cereales</i>	<i>Patatas</i>
1900	52	7
1930	46	13
1961	40	9
1990	23	6
2003	21	4

*Fuente:* Garrabou y Cussó (2007: 79, 85, 93-94).

El segundo gran hecho de la transición nutricional fue la paulatina diversificación de la dieta. Las sociedades con bajo nivel de desarrollo se caracterizan no sólo por bajos niveles de ingesta calórica o proteica, sino también por su elevado grado de dependencia de unos pocos alimentos. Tal era la situación de España en torno a 1900, cuando la dieta de los españoles era extremadamente monótona: más de la mitad de las calorías eran aportadas por los cereales (Cuadro 2). Si a ello sumamos el importante aporte de las patatas y las legumbres secas, el resultado es una dieta pre-transicional. A comienzos del siglo XXI, sin embargo, cereales y patatas apenas representaban ya una cuarta parte de las calorías ingeridas por los españoles. El gran cambio fue la sustitución de alimentos de origen vegetal por alimentos de origen animal, como la carne, la leche, el pescado y los huevos. La expansión del consumo de productos de origen animal es, de hecho, uno de los puntos más interesantes en la agenda de la historia económica de la alimentación. En torno a 1900, el consumo de carne estaba claramente segmentado en función del nivel de renta y la clase social, mientras que la leche aún pugnaba por dejar de ser un alimento para enfermos y convertirse en un bien de consumo regular.<sup>10</sup> El carácter moderado del progreso previo a la guerra civil, combinado con las dificultades de la guerra y el primer franquismo, aplazaron a la segunda mitad del siglo XX la generalización del consumo de carne y

<sup>9</sup> Sobre la obesidad en las sociedades opulentas, véase Offer (2006: cap. 7). Según este historiador, la obesidad es uno más de los múltiples problemas de elección “miope” (es decir, no consistente desde el punto de vista intertemporal) a los que se deben enfrentar los ciudadanos de estas sociedades.

<sup>10</sup> Pujol *et al.* (2007).

leche.<sup>11</sup> La estructura del consumo privado en alimentación refleja bien la expansión de los alimentos de origen animal durante la segunda mitad del siglo XX (Cuadro 3).

Cuadro 3. *Estructura del consumo privado en alimentación según grupos de alimentos (%)*

	1958	1973/74	1985	1996
Pan, pastas y cereales	18	10	12	14
Patatas, hortalizas y legumbres	13	10	8	8
Frutas	5	7	8	8
Carnes	18	29	29	27
Pescados	8	9	11	12
Huevos	7	4	3	1
Leche, queso y mantequilla	9	10	12	11
Aceites y grasas	8	7	5	5
Azúcar, dulces y confitería	4	3	4	4
Café, malta y otras bebidas	2	2	2	2
Vinos, cervezas y licores	4	6	4	4
Bebidas no alcohólicas	0	1	2	2
Otros	2	3	2	3
Total	100	100	100	100

Fuente: Maluquer de Motes (2005: 1287).

Sin duda, esta diversificación de la dieta fue importante para el bienestar material de la población española. Un análisis del estado nutritivo de los españoles del siglo XX revela que el escaso peso de los alimentos de origen animal (muy especialmente la leche) hizo que, hasta bien entrado el siglo, las disponibilidades medias de algunos nutrientes (como la vitamina A y el calcio) estuvieran claramente por debajo de los requerimientos estimados.<sup>12</sup> En la medida en que, desde el punto de vista nutritivo, las calorías no lo son todo, la diversificación de la dieta cumplió un importante papel.

¿Cuáles fueron las causas de la transición nutricional? No cabe duda de que el aumento de la renta disponible es un factor clave. Al fin y al cabo, la cronología de la transición nutricional es en España paralela a la del propio crecimiento económico:

<sup>11</sup> Esto no quiere decir que no hubiera progresos durante el primer tercio del siglo XX, especialmente en las grandes ciudades; véase Nicolau y Pujol (2005) sobre Barcelona.

<sup>12</sup> Cussó (2005).

progreso moderado en las décadas previas a la guerra civil, estancamiento y retroceso entre el inicio de la guerra civil y aproximadamente 1950, y rápida recuperación de la senda del progreso en las décadas posteriores. Hasta bien entrado el siglo XX, el bajo nivel de renta de los españoles les habría impedido acceder a niveles alimenticios más elevados y diversificar sus dietas. Conforme fue avanzando el siglo, y sobre todo a partir de 1960, el aumento de la renta disponible habría servido para vencer a la escasez y a la monotonía.

Ahora bien, lo que el desarrollo de la investigación está revelando es que no deberíamos confiar en la renta como único factor explicativo. Como han argumentado convincentemente Nicolau y Pujol, la elasticidad-renta de la demanda de los diferentes alimentos debió de experimentar fuertes cambios a lo largo del siglo XX en función de factores medioambientales, tecnológicos, empresariales y sociales.<sup>13</sup> Esto es especialmente claro en el caso de los productos de origen ganadero, tan decisivos para la transición nutricional. Algunos de estos productos, como la leche, sólo vieron significativamente impulsado su consumo a partir del momento en que las intervenciones públicas y el discurso médico sobre alimentación y salud lograron convencer al consumidor de la conveniencia de incorporar el producto a su dieta. A partir del momento en que esto ocurrió, el consumo de leche creció con muchísima más rapidez que la renta disponible. De no haber cambiado estas condiciones sociales, la leche podría haber continuado siendo un alimento para enfermos por más que la renta hubiera continuado creciendo.

Más ampliamente, no está claro que debamos confiar exclusivamente en la demanda a la hora de explicar la transición nutricional. Las condiciones de la oferta tuvieron también su influencia, como ilustra por ejemplo el caso de la carne. Hasta aproximadamente 1960, cuando se abrió paso la ganadería altamente intensiva de rasgos fordistas (basada en la alimentación industrial de razas importadas, con predominio del porcino y el aviar), la oferta de productos ganaderos se enfrentaba en España a serias restricciones. El bajo nivel de precipitaciones prevaleciente en la mayor parte del país constreñía la capacidad de crecimiento de la cabaña ganadera. Incluso allí donde las precipitaciones no eran un problema, como en la franja cantábrica, el problema era la escasa dimensión de las explotaciones (que les impedía aprovechar economías de escala) y sus dificultades para acceder a los distantes mercados urbanos más

---

<sup>13</sup> Nicolau y Pujol (2005; 2008); véase también Clar (2006).

expansivos.<sup>14</sup> El resultado fue que, a pesar de que el lento crecimiento de la renta de los españoles era un obstáculo para la expansión ganadera, las posibilidades abiertas entre finales del siglo XIX y la guerra civil estuvieron lejos de ser aprovechadas plenamente.<sup>15</sup> Más adelante, en el turbulento contexto del primer franquismo, con políticas agrarias poco incentivadoras de la producción y con un claro sesgo pro-triguero y anti-ganadero, la carne continuó siendo un alimento cuyo consumo era reducido y dependía fuertemente de la clase social.<sup>16</sup> El hambre de proteínas animales, por lo tanto, no es suficiente para explicar por qué los aumentos de renta de la segunda mitad del siglo XX se tradujeron en un aumento continuado del consumo de carne en España. Necesitamos incorporar la oferta: necesitamos apreciar que la implantación de la ganadería fordista eliminó algunas de las restricciones que tradicionalmente venían pesando sobre la oferta ganadera y que, por esa vía, terminó generando grandes ganancias de productividad que permitieron tanto un aumento de la producción como una reducción de los precios de consumo.<sup>17</sup> De no haberse implantado este complejo entramado de nuevas tecnologías y nuevas formas de organización empresarial que llamamos “ganadería fordista”, la historia podría haber sido diferente, por mucho que la renta de unos españoles hambrientos de proteínas animales hubiera aumentado tan rápidamente como lo hizo.

### **3. El desafío de la abundancia**

Mientras los españoles culminaban su transición nutricional, España se convertía en una sociedad de consumo. Como puede verse en el Cuadro 4 y la Figura 2, la alimentación y el resto de necesidades básicas ocupaban la mayor parte del presupuesto familiar medio a comienzos de siglo. La alimentación, en particular, podía representar en torno a dos tercios del consumo familiar total en 1900. Una amplia evidencia empírica ha respaldado la hipótesis de que ello es común en economías relativamente poco desarrolladas con bajos niveles de renta per cápita. A lo largo del primer tercio del siglo XX y los primeros veinte años del franquismo, las cosas no cambiaron demasiado.

---

<sup>14</sup> Estas diferencias de oferta entre la España húmeda y la España seca se transmitían a los precios de los productos ganaderos y, por esa vía, a su nivel de consumo; Nicolau y Pujol (2006).

<sup>15</sup> Simpson ([1995] 1997: 249-62), Clar (2006).

<sup>16</sup> El consumo de carne en la España franquista se mantuvo por debajo del nivel prebélico hasta 1957/58 (Clar 2006).

<sup>17</sup> Clar (2006).

Aunque el peso de la alimentación mostró una ligera tendencia al descenso, los gastos en alimentación aún representaban más de la mitad del consumo de una familia española media a finales de la década de 1950.<sup>18</sup> Los cambios se aceleraron a partir de entonces. En el marco de una gran expansión de la renta disponible, los españoles necesitaron fracciones cada vez menores de dicha renta para hacer frente a sus necesidades alimenticias. Los datos del Cuadro 4 y la Figura 2 exageran la magnitud de este descenso, porque incluyen la alimentación fuera del hogar en el capítulo de “Otros gastos”. Teniendo en cuenta que, a finales del siglo, la alimentación fuera del hogar representaba en torno a una cuarta parte del gasto total en alimentación, no estamos hablando de una cuestión menor.<sup>19</sup> En cualquier caso, no cabe duda de que incluso así nos encontramos ante una caída histórica y acelerada del peso del gasto en alimentación dentro del gasto familiar total. En su lugar, los “otros gastos”, que incluyen desde diversos bienes de consumo duradero (electrodomésticos, automóviles, ordenadores...) hasta turismo, pasaron de representar un 7 por ciento del total en 1939 a prácticamente la mitad en 2000.

Cuadro 4. *Estructura del consumo privado (%)*

	<i>Alimentación</i>	<i>Vestido y calzado</i>	<i>Vivienda</i>	<i>Gastos domésticos</i>	<i>Otros</i>
1900	66	6	10	11	7
1939	60	9	15	9	7
1958	55	14	5	8	18
1967	45	13	10	9	23
1973/74	38	8	12	11	31
1980/81	30	10	12	14	34
1990/91	23	10	18	8	41
2000	22	10	11	8	49

*Fuente:* Maluquer de Motes (2005: 1257). El consumo de alimentos fuera del hogar no está incluido en “Alimentación”, sino en “Otros”.

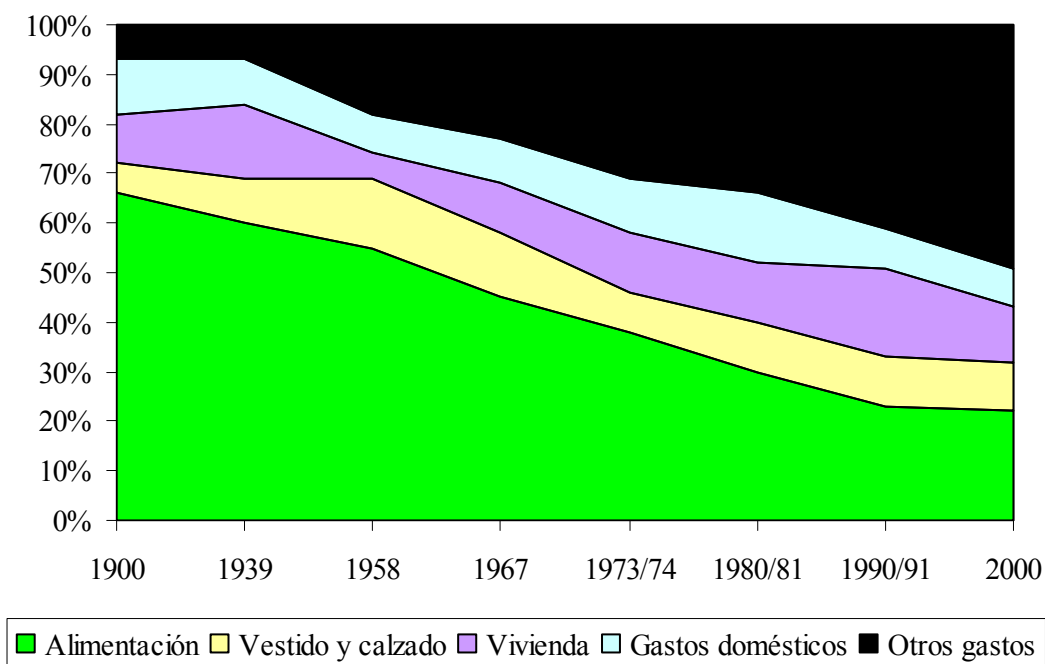
Los historiadores económicos aún no hemos trabajado demasiado sobre la formación de esta sociedad de consumo. De hecho, el libro de los sociólogos Luis Enrique Alonso y Fernando Conde es el estudio de referencia utilizado por los trabajos

<sup>18</sup> Esto contrastaba con el menor peso del gasto en alimentación en los países europeos más avanzados e incluso en algunos del ámbito mediterráneo; véase Alonso y Conde (1994: 155).

<sup>19</sup> Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000: 59).

de historia económica que se adentran en el consumo en la España de los años sesenta y setenta.<sup>20</sup> Aún hay mucho trabajo por hacer en torno a las dos cuestiones que sirven a Alonso y Conde para definir una sociedad de consumo: la incorporación de bienes de consumo duradero producidos en masa a las cestas de consumo de amplias capas de la sociedad española, y la organización y planificación de la demanda (la producción social de la necesidad) por parte de grandes empresas.<sup>21</sup> Pero, además, puede ser interesante reflexionar sobre el papel de la alimentación en este proceso.

Figura 2. *Estructura del consumo privado en España (%)*



Fuente: Maluquer de Motes (2005: 1257).

Algunos estudios sobre la formación histórica de la sociedad de consumo en otros países se centran tanto en los nuevos bienes de consumo duradero que no prestan atención a los alimentos. En algún caso, de hecho, encontramos razonamientos en los que el único papel de la alimentación consistiría en ir reduciendo su peso en el presupuesto familiar para así dejar paso a los verdaderos “bienes de consumidor”, es decir, aquellos bienes que no sólo reportan una utilidad directa sino también una

<sup>20</sup> Alonso y Conde (1994); así, por ejemplo, Clar (2006). Véase Maluquer de Motes (2005) para una perspectiva histórica general sobre el consumo en la España de los siglos XIX y XX.

<sup>21</sup> Alonso y Conde (1994: 95).

utilidad indirecta de carácter simbólico.<sup>22</sup> Sin embargo, existen suficientes elementos historiográficos para sospechar que la alimentación debió de cumplir en casi todas partes un papel más interesante que ese. Existe hoy cierto consenso entre los historiadores económicos y sociales al respecto de que los “bienes de consumidor” existieron antes de que grandes conglomerados industriales fueran capaces de producirlos en masa.<sup>23</sup> Los historiadores que investigan el periodo previo a la revolución industrial han llegado a la conclusión de que ya entre 1600 y 1800 encontramos un consumidor activo que no sólo busca satisfacer necesidades básicas sino que, con su menguada renta, se esfuerza por alcanzar pequeños triunfos sociales (emulación, identidad) en el campo del consumo. Pues bien, muchos de estos triunfos se basaban en productos alimenticios de origen colonial, como el azúcar, el té, el café o el cacao. (Algunos historiadores han llegado más lejos y han sugerido que el reclamo de estos “bienes de consumidor” estimuló a las familias a intensificar su esfuerzo laboral, en una suerte de “revolución industriosa” que habría preparado el camino para la posterior “revolución industrial”.<sup>24</sup>) Estudios centrados en el siglo XIX y los inicios del siglo XX, por otra parte, también han sugerido que la formación del consumidor moderno estuvo ligada en un primer momento a la alimentación. En Japón, por ejemplo, el arroz, el sake y la cerveza cumplieron un papel importante en este sentido.<sup>25</sup>

No parece que España fuera una excepción. La aparente inmovilidad del peso del gasto en alimentación dentro del consumo familiar o del peso de los cereales dentro de la ingesta calórica durante el primer tercio del siglo XX esconde probablemente algunos cambios cualitativos significativos. En particular, el paulatino abandono de productos considerados inferiores, como el pan de centeno o el pan negro, y la adopción de pan blanco, considerado superior.<sup>26</sup> (Una historia similar, por cierto, ocurría más o menos por las mismas fechas en Japón, conforme los consumidores destinaban sus aumentos de renta a sustituir arroz inferior o importado por el tradicional arroz blanco de variedad japonesa, cuya calidad nutritiva no era superior.<sup>27</sup>)

Y, una vez llegados a la formación de la sociedad de consumo masivo en la década de 1960, la alimentación pudo ser una parte importante de la historia. Si

---

<sup>22</sup> Véase Cross (2000: cap. 3), por lo demás una muy interesante historia del consumo y el consumismo en los Estados Unidos del siglo XX.

<sup>23</sup> Francks (2007; 2009), Blanke (2007).

<sup>24</sup> De Vries (2008 : caps. 1-4).

<sup>25</sup> Francks (2007; 2009).

<sup>26</sup> Cussó y Garrabou (2003-2004; 2006; 2007), Simpson (1989).

<sup>27</sup> Francks (2007).

comparamos los datos del Cuadro 2 sobre composición de la ingesta calórica con los datos del Cuadro 3 sobre composición del gasto alimenticio, podemos apreciar que, en torno a 1960, los cereales aportaban el 40 por ciento de las calorías ingeridas por un español medio, pero tan sólo absorbían el 18 por ciento del gasto familiar en alimentación. Lo que esto implica es que la posterior diversificación de la dieta, el paulatino descenso del peso de los cereales y el paralelo ascenso de los productos de origen ganadero, conllevó un crecimiento más que proporcional de las relativamente caras calorías animales en detrimento de calorías más baratas. Sobre esta base, no parece descabellado tratar a la carne como un “bien de consumidor” en la España de la década de 1960. En otras palabras, aunque una parte del gasto en alimentación simplemente satisfacía necesidades básicas, es probable que otra parte (quizá creciente a lo largo del tiempo) tuviera un contenido simbólico más acentuado y, en este sentido, no fuera tan distinta de los “otros gastos” que terminaron dominando el presupuesto familiar.

Por este mismo motivo, resultaría del máximo interés investigar en perspectiva histórica la alimentación fuera del hogar. Durante la parte final del siglo XX, y mientras el peso de la alimentación en el consumo total caía, el peso de la alimentación fuera del hogar dentro del consumo alimenticio total aumentaba claramente y se situaba cerca de un 25 por ciento. A pesar de lo mucho que nos gusta apelar a las esencias patrias en temas como este, resulta inevitable sospechar que estamos ante un proceso histórico a través del cual la elasticidad-renta de la alimentación fuera del hogar fue aumentando a lo largo del tiempo. La alimentación fuera del hogar también parecería tomar la forma de un “bien de consumidor” similar a los “otros gastos” que más comúnmente asociamos a la sociedad de consumo.

La alimentación también parece desempeñar un papel importante en la siguiente etapa de la sociedad de consumo: la etapa de diferenciación y segmentación abierta en España en la década de 1980. Sin embargo, aunque la historia económica ha progresado bastante en el conocimiento de la agroindustria y sus estrategias, el mundo de los alimentos de calidad diferenciada ha recibido hasta ahora escasa atención. Un aspecto que parece especialmente interesante es el de la interacción entre las representaciones sociales de este tipo de producto y las representaciones creadas por las empresas a través de la publicidad.<sup>28</sup> En realidad, la historia económica en España, centrada

---

<sup>28</sup> En la línea abierta por las sociólogas Díaz Méndez y González Álvarez (2008).

fundamentalmente en la expansión de la oferta y la lucha contra la escasez, no ha prestado atención a la publicidad y la producción social de la necesidad.

De lo anterior se desprende que la historia económica puede ganar mucho si se acerca a las preguntas planteadas por la sociología de la alimentación y el consumo. El paradigma de la escasez nos recuerda de dónde venimos, pero sus implicaciones hacia el futuro tienen probablemente menos que ver con la sociedad española del presente que con las actuales sociedades en vías de desarrollo. Los historiadores económicos anglosajones han comenzado a reflexionar sobre lo que Avner Offer llama “el desafío de la opulencia”, es decir, los nuevos problemas y disfunciones sociales creados en una era post-escasez.<sup>29</sup> Este tipo de reflexión, con implicaciones más fuertes sobre nuestra sociedad presente, abarca sin duda el campo de la alimentación.<sup>30</sup> Dos cuestiones importantes aquí son los horarios de comida y la expansión del consumo de comidas preparadas. Ambas cuestiones resultan fundamentales en nuestra comprensión de un problema tan actual como la conciliación de la vida familiar y la vida laboral.

La formación de los horarios de comida es, sin duda, un proceso histórico, por lo que la historia económica y social puede entrar de manera natural en la discusión sobre el tema. ¿Por qué son tan extraños, en perspectiva internacional comparada, los horarios y la organización de las comidas españolas? Aquí también es común apelar a las esencias patrias, pero lo cierto es que varios indicios sugieren que nuestros actuales horarios de comida, lejos de ser un vestigio cultural resistente a la modernización y la homogeneización, se han formado precisamente como resultado del proceso de modernización conocido por el país a lo largo del siglo XX. En torno a 1900, nuestros horarios eran más similares a los del resto de Europa, con una comida y una cena más tempranas.<sup>31</sup> Podemos encontrar aquí y allá testimonios de personas mayores que recuerdan que, todavía en torno a las décadas de 1960 o 1970, las familias rurales aún mantenían horarios como esos. El cambio hacia una comida y una cena más tardías debió de comenzar durante el primer tercio del siglo XX, quizá bajo el liderazgo de las

---

<sup>29</sup> Offer (2006). Una presentación teórica de la sociedad post-escasez, en Hamilton ([2001] 2006). Como señala este autor, “la mayoría de los problemas de la sociedad moderna no nacen de unos ingresos inadecuados” (Hamilton [2001] 2006: 213).

<sup>30</sup> De hecho, uno de los puntos clave de Offer es un tema recurrente en sociología de la alimentación (véase por ejemplo Díaz Méndez 2006): el modo en que el aumento de las opciones vuelve problemática la elección.

<sup>31</sup> Según Rueda (2006: 485-9), durante el siglo XIX el almuerzo tenía lugar comúnmente entre las 12:00 y las 13:30 horas. La cena, por su parte, no se retrasaba más allá de las 19:30-20:00 horas, ni siquiera en el caso de las clases medias y altas con costumbre de (y medios para) merendar a media tarde. Para el siglo XIX, contamos con el trabajo de Cussó y Garrabou (2006: 445-9) sobre Cataluña.

clases altas y medias-altas urbanas.<sup>32</sup> Ya la dictadura de Primo de Rivera, en la década de 1920, mostró cierta preocupación por la tendencia de los españoles urbanos a horarios de comida un tanto disfuncionales en relación al funcionamiento del aparato productivo.<sup>33</sup> Una hipótesis que también se maneja es que las dificultades del primer franquismo, al forzar a buena parte de los españoles urbanos a adoptar varios trabajos al mismo tiempo, pudieron contribuir al retraso de los horarios de comida. Como otras grandes transformaciones modernizadoras de la sociedad española, sin embargo, parece claro que necesitaremos adentrarnos más allá de 1950 para encontrar la culminación del cambio. El desafío merece la pena, en un momento en el que los horarios españoles (los de comida y los laborales) tienden a desestructurarse (o, quizá con mayor precisión, tienden a estructurarse de manera más compleja), en parte quizá por el desafío que plantean a la conciliación de las esferas familiar y laboral.

Otro elemento que ha reflejado las crecientes dificultades de la sociedad opulenta para conciliar lo familiar y lo laboral ha sido el aumento del coste de oportunidad de la actividad de cocinar, que ha desembocado en una importante expansión del consumo de comidas preparadas. Como ha señalado Jan de Vries, el gran defensor de la hipótesis de una “revolución industrial” preindustrial, la incorporación permanente de la mujer al mercado laboral y la consiguiente generación de expectativas en torno al desarrollo de una carrera profesional favorecieron durante la segunda mitad del siglo XX algo parecido a una “segunda revolución industrial”, en la que el reclamo de nuevos bienes de consumidor (en este caso, bienes de consumo duraderos) hizo que los recursos laborales de las familias se movilizaran de manera más intensa.<sup>34</sup> (Obviamente, este no fue el único motivo por el que la mujer de clase media se incorporó de manera permanente al mercado laboral.) Sin embargo, como ya ocurriera durante la primera revolución industrial, la otra cara de la moneda fue el abandono de la producción familiar de determinados bienes y servicios. No cabe duda de que la cocina sobrevivió a la primera revolución industrial, pero se ha visto mucho más amenazada por la segunda. La combinación de comidas preparadas y electrodomésticos que actúan como bienes complementarios de las mismas (en especial, el congelador y el

---

<sup>32</sup> Rueda (2006: 485-9).

<sup>33</sup> Fernández-Armesto ([2001] 2004: 330). Según Rueda (2006: 485-9), a estas alturas había comenzado la diferenciación de los horarios españoles no sólo con respecto a los anglosajones (ya por entonces en transición hacia un sistema basado en la cena como única comida fuerte), sino también incluso con respecto a otros países mediterráneos que, como Portugal o Italia, mantenían la estructura de dos comidas fuertes (comida y cena).

<sup>34</sup> De Vries (2008: cap. 6); véase también Offer (2006: caps. 11-14).

horno microondas) ha tenido aquí un papel fundamental.<sup>35</sup> Por un lado, ha permitido que las familias reduzcan la cantidad de tiempo absorbida por la preparación de alimentos, liberando así tiempo para su uso en actividades remuneradas o de ocio. Por el otro, abre la puerta a importantes cambios en las formas de sociabilidad dentro de la familia (terminando con la alimentación como forzoso punto de encuentro) y plantea un genuino “desafío de la opulencia” (por emplear la expresión de Offer) desde el punto de vista de la calidad nutritiva de las dietas.<sup>36</sup> Aunque el auge de las comidas preparadas es reciente, y más en un país de desarrollo tardío como España, comenzamos a disponer de suficiente perspectiva para tratarlo en perspectiva histórica.

Finalmente, la historia de la alimentación en la España del siglo XX también tiene por delante el reto de incorporar en mayor medida las dimensiones verticales de la clase social y el poder. ¿Ha dejado la clase social de ser importante a la hora de explicar las prácticas alimenticias? El debate está abierto en el campo de la sociología de la alimentación, y puede beneficiarse de las aportaciones de la historia económica y social. No cabe duda de que, a comienzos de siglo, en España encontramos la típica situación de segmentación del consumo alimenticio en función de la clase social.<sup>37</sup> También parece claro que, más adelante, la transición nutricional se abrió paso de manera más temprana entre las clases medias y altas urbanas y de manera más tardía entre la clase obrera y la población rural.<sup>38</sup> Si comparamos esta situación con la de finales de siglo, encontramos que las dietas habían tendido a homogeneizarse y que, en todo caso, la segmentación parecía haberse vuelto inversa: conforme descendíamos en la escala social, encontrábamos un consumo de mayores cantidades de alimento.<sup>39</sup> La segmentación parecía además difuminarse desde el punto de vista del gasto alimenticio, más alto en las clases bajas y medias-altas que en las clases medias y medias-bajas.<sup>40</sup> Esto sugiere que la clase social no ha dejado de ser relevante, sino que ha pasado a serlo de manera diferente y más sutil. Como señala Fernández-Armesto, la calidad ha ido

---

<sup>35</sup> Contreras (1997).

<sup>36</sup> El historiador Fernández-Armesto ([2001] 2004: 43) ha señalado que “comer deprisa y corriendo fomenta el ajeteo de la vida cotidiana y resalta la falta de valores de la sociedad postindustrial” y que “la comida está perdiendo su carácter socializador”; véase un planteamiento general en Contreras (1997).

<sup>37</sup> Por ejemplo, Cussó (2005), Garrabou y Cussó (2003-2004; 2007) y Grupo de Estudios de Historia Rural (1978-79). De acuerdo con las fuentes utilizadas por este último trabajo, podía haber una diferencia de más del 50 por ciento entre las calorías consumidas por las clases bajas y las clases altas.

<sup>38</sup> Pujol *et al.* (2007: 320), Cussó (2005), Contreras (1997). Algo similar encuentra Francks (2007) para el caso de Japón.

<sup>39</sup> Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000: 61).

<sup>40</sup> Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000: 61).

sustituyendo a la cantidad como fuente de desigualdad social.<sup>41</sup> El elemento de utilidad simbólica asociado al consumo de alimentos puede encerrar la clave. Una perspectiva histórica puede ser útil para comprender la paulatina sofisticación de las estrategias de diferenciación alimenticia de las clases altas y medias-altas. (Esto no excluye, por supuesto, las interesantes investigaciones que pueden acometerse en torno a otras ideas-fuerza, como la individualización o la formación de “tribus” de consumo.<sup>42</sup>)

Por último, una perspectiva histórica también comienza a relevarse útil para analizar una de las cuestiones clásicas de la sociedad de consumo: la producción social de la necesidad, la decisiva influencia de la oferta sobre la formación de las preferencias individuales y, por consiguiente, la determinación del papel real de la soberanía del consumidor (que, obviamente, es un papel importante pero menor que el tradicionalmente asumido por la economía neoclásica). En este sentido, el trabajo de Ernesto Clar ha revelado que, aunque la soberanía del consumidor explica el hambre de proteínas animales en la España de las décadas de 1960 y 1970, la forma concreta que adoptó esta demanda potencial dependió ampliamente de las estrategias de las empresas agroindustriales, cuyas opciones tecnológicas y organizativas favorecieron que el porcino y el aviar (y no, por ejemplo, el bovino, cuya carne requería ciclos productivos más largos y menos eficientes desde el punto de vista de la conversión del input pienso en output carne) protagonizaran la gran expansión del consumo de carne durante estas décadas.<sup>43</sup> Según Clar, la constitución de oligopolios en sectores alimenticios relevantes condicionó la capacidad de elección de los consumidores españoles durante la etapa desarrollista del franquismo. Es probable que la historia económica de España encierre historias similares para otros productos, y que estas historias clarifiquen la “poda de ramas” a través de la cual hemos llegado al árbol de opciones de consumo actualmente disponible. (Estoy pensando, en particular, en la leche y sus numerosos derivados. Sabemos que los batidos, por ejemplo, surgieron a comienzos del siglo XX como respuesta de las empresas lácteas a la caída de la demanda de leche fresca durante el verano y a la consiguiente necesidad de aprovechar esos excedentes de algún modo.<sup>44</sup>)

---

<sup>41</sup> Fernández-Armesto ([2001] 2004: cap. 5).

<sup>42</sup> Un panorama sobre estos temas, en Díaz Méndez (2006).

<sup>43</sup> Esto ocurrió en toda Europa, pero el cambio fue más acentuado en España; Clar (2006).

<sup>44</sup> Pujol (2002), Domínguez (2003), Pujol *et al.* (2007).

#### 4. Conclusión

Dos perspectivas se entrecruzan en los estudios de historia económica de la alimentación. La primera es la perspectiva de la escasez, de la transición nutricional: del éxito de la sociedad española a la hora de escapar del hambre y la precariedad material. A lo largo de la última década, y en el marco de un paulatino redescubrimiento de los indicadores sociales en la medición del desarrollo, es mucho lo que han progresado las investigaciones en este campo. Se han trazado las grandes líneas de la transición nutricional y se han trascendido las explicaciones más simplistas de la misma para incorporar factores de oferta (medioambientales, tecnológicos, organizativos). La segunda perspectiva es la perspectiva de la abundancia, de los desafíos que la opulencia plantea a las sociedades actualmente desarrolladas. Aquí, por el momento, tenemos piezas sueltas más que una auténtica estructura argumental. Ello es normal si tenemos en cuenta que la exploración de temas relacionados con las sociedades opulentas, entre ellos la formación de la sociedad de consumo, ha recibido hasta ahora escasa atención, quizá por considerarse menos propio de los historiadores que el programa de investigación centrado en la superación de la escasez (cuyos arcos temporales hunden sus inicios en pasados más remotos).

Al igual que le ocurre a la sociología de la alimentación con respecto a la sociología del consumo, la historia económica de la alimentación tiene mucho que ganar si entronca sus análisis dentro de una historia económica (más general) del consumo. No se trata de una simple cuestión de contextualización. Los cambios registrados en la alimentación de los españoles durante el siglo XX no han sido ajenos a importantes cambios registrados en otros aspectos del consumo, como por ejemplo la expansión del consumo de electrodomésticos relacionados con la preparación de alimentos o el espectacular crecimiento de la compra de vivienda (frente a la opción tradicionalmente predominante del alquiler). Por extensión, el debate sobre la alimentación en las sociedades opulentas desemboca además en un campo sobre el que los historiadores económicos españoles apenas hemos trabajado hasta la fecha: el uso del tiempo (su asignación a diferentes tareas de producción, reproducción, ocio...) por parte de los individuos y familias.<sup>45</sup> Si la opulencia plantea un desafío a las sociedades desarrolladas, también se lo plantea a la historia económica de la alimentación. Pone

---

<sup>45</sup> Este tema ha recibido en cambio una atención creciente en la historiografía anglosajona; veáanse Offer (2006), De Vries (2008) y, sobre todo, Voth (2001).

sobre la mesa preguntas para cuya respuesta carecemos de fuentes claras y para las que no será posible contar con bases empíricas rigurosas de manera tan rápida como en otras ocasiones.<sup>46</sup> Hace ya casi veinte años, Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly aconsejaban a los historiadores económicos que hicieran una historia más social y a los historiadores sociales que hicieran una historia más económica.<sup>47</sup> Teniendo en cuenta el tipo de desafíos planteados por el estudio histórico de la alimentación, se vuelve necesario aceptar este consejo.

### Agradecimientos

Agradezco la financiación concedida por el Gobierno de Aragón (Grupo de Investigación de Excelencia, “Historia de la economía agroalimentaria, siglos XIX-XX”).

### Referencias

- Alonso, L. E. y Conde, F. (1994): *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Debate, Madrid.
- Blande, D. (2007): “Consumer choice, agency, and new directions in rural history”, *Agricultural History*, 81, 182-203.
- Clar, E. (2006): “La soberanía del industrial. Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fordista en España: 1960-1975”, *Revista de Historia Industrial*, 36, 133-65.
- Contreras, J. (1997): “Alimentación y sociedad. Sociología del consumo alimentario en España”, en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, CIS y MAPA, Madrid, 417-51.
- Cross, G. (2000): *An all-consuming century: why commercialism won in modern America*. Columbia University Press, Nueva York.
- Cussó, X. (2005): “El estado nutritivo de la población española, 1900-1970”, *Historia Agraria*, 36, 329-58.
- Cussó, X. y Garrabou, R. (2003-2004): “La transició nutricional a la Catalunya contemporània: una primera aproximació”, *Recerques*, 47-48, 51-80.
- Cussó, X. y Garrabou, R. (2006): “Els sistemes alimentaris: una dilatada transició”, en R. Garrabou (ed.), *Història agrària dels Països Catalans. IV. Segles XIX-XX*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 433-64.
- Cussó, X. y Garrabou, R. (2007): “La transición nutricional en la España contemporánea: las variaciones en el consumo de pan, patatas y legumbres”, *Investigaciones de Historia Económica*, 7, 69-100.
- De Vries, J. (2008): *The industrious revolution: consumer behavior and the household economy 1650 to present*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Díaz Méndez, C. (2006): “The sociology of food in Spain: European influences in social analyses of eating habits”, *Comparative Sociology*, 5, 353-80.

---

<sup>46</sup> Este problema también lo tienen los sociólogos de la alimentación centrados en el presente; véase Díaz Méndez *et al.* (2005).

<sup>47</sup> Tilly *et al.* (1992).

- Díaz Méndez, C. y González Álvarez, M. (2008): “Industria y alimentación: de la publicidad referencial a los alimentos funcionales”, en C. Díaz Méndez y C. Gómez Benito (eds.), *Alimentación, consumo y salud*, La Caixa, Barcelona, 105-29.
- Díaz Méndez, C., Herrera, P., Callejo, J. y Alonso, L. E. (2005): “Análisis crítico de las fuentes estadísticas de consumo alimentario en España. Una perspectiva sociológica”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 110, 117-36.
- Domínguez, R. (2003): “La industria láctea en España, 1830-1985”, en C. Barciela y A. Di Vittorio (eds.), *Las industrias agroalimentarias en España e Italia durante los siglos XIX y XX*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 457-95.
- Fernández-Armesto, F. ([2001] 2004): *Historia de la comida: alimentos, cocina y civilización*. Tusquets, Barcelona.
- Fogel, R. W. (2004): *The escape from hunger and premature death, 1700-2100*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Francks, P. (2007): “Consuming rice: food, ‘traditional’ products and the history of consumption in Japan”, *Japan Forum*, 19, 147-68.
- Francks, P. (2009): “Inconspicuous consumption: sake, beer, and the birth of the consumer in Japan”, *Journal of Asian Studies*, 68, 135-64.
- Gómez Mendoza, A. y Simpson, J. (1988): “El consumo de carne en Madrid durante el primer tercio del siglo XX”, *Moneda y Crédito*, 186, 57-91.
- Grupo de Estudios de Historia Rural (1978-79): “Contribución al análisis histórico de la ganadería española, 1865-1929”, *Agricultura y Sociedad*, 8, 129-82 y 10, 105-69.
- Hamilton, C. ([2001] 2006): *El fetiche del crecimiento*. Laetoli, Pamplona.
- Maluquer de Motes, J. (2005): “Consumo y precios”, en A. Carreras y X. Tafunell (coords.), *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Fundación BBVA, Bilbao, vol. 3, 1247-96.
- Martínez Carrión, J. M. (2002): “El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, en J. M. Carrión (ed.), *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 15-72.
- Martínez López, A. (1995): “Un indicador indirecto de la producción ganadera española: el consumo de productos cárnicos, 1865-1934”, *Actas del VII Congreso de Historia Agraria* (Baeza, Jaén), 352-62.
- Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000): *Hechos y cifras del sector agroalimentario español 2000*. MAPA, Madrid.
- Nicolau, R. y Pujol, J. (2005): “El consumo de proteínas animales en Barcelona entre las décadas de 1830 y 1930: evolución y factores condicionantes”, *Investigaciones de Historia Económica*, 3, 101-34.
- Nicolau, R. y Pujol, J. (2006): “Variaciones regionales de los precios de consumo y las dietas en España, en los inicios de la transición demográfica”, *Revista de Historia Económica*, XXIV, 521-54.
- Nicolau, R. y Pujol, J. (2008): “Los factores condicionantes de la transición nutricional en la Europa occidental: Barcelona, 1890-1936”, *Scripta Nova*, 265.
- Offer, A. (2006): *The challenge of affluence: self-control and well-being in the United States and Britain since 1950*. Oxford University Press, Oxford.
- Pujol, J. (2002): “Especialización ganadera, industrias agroalimentarias y costes de transacción: Cataluña, 1880-1936”, *Historia Agraria*, 27, 191-219.
- Pujol, J., Nicolau, R. y Hernández Adell, I. (2007): “El consumo de leche fresca en Cataluña entre mediados del siglo XIX y 1935: la difusión de un nuevo alimento”, *Historia Agraria*, 42, 303-25.
- Rueda, G. (2006): *España, 1790-1900: sociedad y condiciones económicas*. Istmo, Madrid.
- Sen, A. ([1999] 2000): *Desarrollo y libertad*. Planeta, Barcelona.
- Simpson, J. (1989): “La producción agraria y el consumo español en el siglo XIX”, *Revista de Historia Económica*, VII, 355-88.
- Simpson, J. ([1995] 1997): *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Alianza, Madrid.

- Tello, E. (2005): *La historia cuenta: del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Nous Horitzons Fundació, Barcelona.
- Tilly, C., Tilly, L. A. y Tilly, R. (1992): “European economic and social history in the 1990s”, *Journal of European Economic History*, 20, 645-72.
- Voth, H.-J. (2001): *Time and work in England 1750-1830*. Clarendon Press, Oxford.